

vecernos; la muerte de los imperios completaría la demostración empezada en su nacimiento: como el principio religioso lo ha criado todo, así también la falta de este principio lo ha destruido todo. La secta de Epicuro, que podría llamarse *la incredulidad antigua*, degradó desde luego, y destruyó muy pronto todos los gobiernos que tuvieron la desgracia de darle entrada. En todas partes Lucrecio anuncia á César.

Pero todas las experiencias pasadas desaparecen ante el horroroso ejemplo dado por el siglo último. Como duran todavía los vértigos de sus vapores, es menester que los hombres se pongan con ánimo muy sereno para que despejados puedan contemplar este ejemplo en su verdadero aspecto; y principalmente deducir de él las *consecuencias necesarias*: es pues muy esencial reconcentrar toda la atención sobre esta escena terrible.

LXI. Siempre ha habido religiones sobre la tierra, y siempre también impíos que las han impugnado; y siempre asimismo la impiedad ha sido un crimen, porque no pudiendo haber religión *tan falsa* que no tenga alguna mezcla de verdadera, no puede tampoco existir im-

piEDAD que no combata alguna verdad divina, mas ó ménos desfigurada; *pero no puede haber impiedad verdadera sino en el seno de la religion verdadera*; y por necesaria consecuencia nunca en los tiempos pasados pudo la impiedad producir los males que ha producido en nuestros tiempos, porque ella siempre es culpable en proporción de las luces que la rodean. Por esta regla debe ser juzgado el siglo XVIII, pues por este punto de vista no se asemeja á ningún otro. Se oye decir muy comunmente *que todos los siglos se parecen, y que todos los hombres han sido siempre los mismos*; pero es menester guardarse bien de tener por generales estas máximas que la pereza ó la ligereza inventan para dispensarse de reflexionar. Al contrario, todos los siglos y todas las naciones presentan un carácter y un distintivo que se debe considerar diligentemente. Sin duda que siempre ha habido vicios en el mundo, pero estos vicios pueden diferenciarse en cantidad, en naturaleza, en la cualidad dominante y en la intención (1). „No se duda

1 Débese atender también á la mezcla de las virtudes, cuya proporción varía infinitamente. Después de haber manifestado los excesos de un mismo géne-

que siempre ha habido impíos; pero ántes del siglo XVIII, y en el seno del cristianismo nunca jamas hubo una *insurreccion* contra Dios: principalmente nunca se habia visto una conspiracion sacrílega de todos los talentos contra su autor; pero nosotros la hemos visto en nuestros dias. El romance ha blasfemado lo mismo que la tragedia, y la novela como la historia y la física. Los hombres de este siglo han prostituido su talento ante la irreligion, y segun la expresion admirable de S. Luis, al morir, ellos han guerreado contra el Dios de sus dones (1).” La impiedad antigua nunca se enoja; alguna vez ratiocina, ordinariamente chancea; pero siempre sin aspereza. Ni Lucrecio avanza hasta injuriar; y aunque su temperamento melancólico y sombrío lo inclinara á ver negras las cosas, sin embargo, cuando acusa á la religion de haber producido grandes males, lo hace friamente y con sosie-

ro en diferentes tiempos y lugares, se creen ya con derecho á concluir magistralmente que los hombres han sido siempre los mismos. No hay sofisma mas grosero ni mas comun.

1 Joinville en la Coleccion des Memoires relatifs à l'Histoire de France en 8.º tom. 2. pag. 160.

go. Las religiones antiguas valian bien poco para que la incredulidad contemporánea se enfadara con ellas.

LXII. Cuando se publicó en el *arte* la *buena nueva*, se hizo mas violento el ataque: sus enemigos no obstante, guardaron siempre cierta moderacion. No se descubren en la historia sino de tarde en tarde, y siempre solos. Nunca se advierte reunion ó liga formal: nunca llegaron al furor de que hemos sido testigos. Aun Bayle, el padre de la incredulidad moderna, no se parece en nada á sus sucesores. En los extravíos mas execrables no se le observa un gran empeño por persuadir, y ménos el tono de exasperacion ó el espíritu de partido: mas bien duda que niega; dice en pro y en contra; continuamente es mas elegante por la buena que por la mala causa (1).”

LXIII. En la primera mitad del siglo XVIII fué cuando la impiedad compareció realmente una potestad. Desde luego se la ve propagarse por todas partes con una actividad incomprendible. Se abalanza desde el palacio

1 Véase con qué fuerza de lógica combatió el materialismo en el *art.* Leucippe de su Diccionario.

hasta la choza, y lo infesta todo: sabe caminos invisibles, y tiene una accion oculta, pero indefectible; en tal manera que el observador mas atento no acierta siempre á descubrir los artificios. Con una ilusion inexplicable sabe hacerse amar de aquellos mismos de quienes es su mas mortal enemiga; y la autoridad que ya va á sacrificar, la abraza estúpidamente antes de recibir el golpe. En poco tiempo un simple sistema remanece una formal asociacion, que con un progreso rápido se cambia en complot, y finalmente en una gran conjuracion que cubre la Europa.

LXIV. Entónces se manifiesta por primera vez este carácter de impiedad que no pertenece mas que al siglo XVIII. No es ya el tono frio de la indiferencia, ó cuando mas la ironía maligna del Scepticismo, es un odio mortal, es el tono de la cólera, y muchas veces el de la rabia. Los escritores de esta época, al ménos los mas notables, no tratan ya al cristianismo como á un error humano sin consecuencia; le asestan como á un enemigo capital: lo persiguen de muerte: es una guerra de exterminio; y lo que pareceria increíble si no tuviéramos á la vista tristes prue-

bas de ello, es que muchos de estos hombres que se apellidaban filósofos, se elevaron desde el odio del cristianismo hasta el odio personal contra su Divino Autor. Lo aborrecieron realmente, como se podia aborrecer á un hombre vivo. Dos hombres en especial, que serán cubiertos de las execraciones de la posteridad, se han distinguido en un desalmamiento tal, que parece sobrepujar con mucho las fuerzas de la naturaleza mas depravada.

LXV. Pero como la Europa habia sido civilizada por el cristianismo, y los ministros de esta religion habian alcanzado en todos los paises una gran existencia política, las instituciones civiles se habian mezclado é incorporado de un modo maravilloso, y tal que podia decirse con mas ó ménos verdad sobre todos los estados de la Europa, lo que dijo Gibbon de la Francia; *que este reino habia sido formado por los obispos*. Era pues inevitable que la filosofia del siglo no tardase mucho en aborrecer las instituciones civiles, porque no le era posible separar de ellas el principio religioso. Y fué lo que sucedió: le desagradaron todos los gobiernos, todos los establecimientos de la Europa porque eran cristianos; y en la

proporcion con que eran cristianos, se apoderó de todas las cabezas un *desabrimiento* de opinion, un descontento general. Mayormente en Francia la rabia filosófica no conoció ya límites, y formándose de tantas voces reunidas una sola voz formidable, se la oyó exclamar en medio de la culpable Europa.

LXVI. Déjanos (1)... ¡Habrémos de temblar perpetuamente en la presencia de los sacerdotes, y recibir de ellos la instruccion que quieran ministrarnos? En toda la Europa está ofuscada la verdad con la humareda del incensario. Tiempo es ya de que salga de esta nube fatal. No hablemos ya de fe á nuestros hijos. A ellos, cuando sean grandes, toca investigar si tú existes; lo que eres, y lo que exiges de ellos. Todo lo que existe nos desagrada, porque tu nombre está escrito sobre todo lo que existe. Nosotros queremos destruirlo todo y rehacerlo sin tí. Sal de nuestros consejos; sal de nuestras academias; sal de nuestras casas: nosotros solos sabrémos acertar: la razon nos basta: déjanos.

(1) *Dixerunt Deo: Recede a nobis; scientiam viarum tuarum nolumus.* Job, xxi. 14.

¿Y Dios cómo ha castigado este execrable delirio? lo ha castigado como crió la luz; con una sola palabra; Dijo: Haced!... y el mundo político se desplomó. Véase pues cómo los dos géneros de demostraciones se reúnen para alumbrar los ojos ménos perspicaces. En el un aspecto, el principio religioso preside á todas las creaciones políticas; y en el otro, todo se desvanece luego que él falta.

LXVII. La culpa de la Europa consiste en haber cerrado los ojos á estas grandes verdades, y padece porque es culpable. Ella no obstante, resiste todavía á la luz, y desconoce el brazo que la hiere: muy pocos hombres de esta generacion materialista se hallan en estado de conocer la data, la naturaleza y la enormidad de ciertos crímenes cometidos por los individuos, por las naciones y por las soberanías. Ménos aun se hallan en estado de comprender el genero de expiacion que estos crímenes necesitan, y el prodigio adorable que fuerza al mal á limpiar con sus propias manos el sitio que el Arquitecto eterno ha demarcado con sus ojos para sus maravillosas construcciones. Los hombres de este siglo han tomado su partido. Se han jurado á sí mismos

mirar siempre á la tierra (1); pero descender á otros pormenores seria inútil, y tal vez pernicioso. Nos está intimado profesar la verdad con amor (2). En ciertas ocasiones es menester no enseñarla sino con miramiento; y á pesar de todas las precauciones imaginables, el paso será resbaladizo aun para el escritor de mas alma y de mejor intencion. El mundo por otra parte abraza una multitud innumerable de hombres tan perversos, tan profundamente corrompidos, que si alcanzaran el poder de dudar sobre ciertas cosas, podrian redoblar su maldad, y hacerse, por decirlo así, culpables como los ángeles rebeldes: ¡Ah! Antes su embrutecimiento se *engrose*, si es posible, para que no lleguen á ser tan culpables como los hombres pueden serlo. La obcecacion es sin duda un castigo terrible; sin embargo, deja á veces algunos vislumbres de amor. Es todo lo que puede convenir se diga en este momento.

Mayo de 1809.

(1) *Oculos suos statuerunt declinare in terram, Ps. xvi. 11.*

(2)Eph. iv. 15. Expresion que no se puede traducir. La Vulgata queriendo mas bien y con razon hablar exacta, que latinamente, dice: *Facientes veritatem in charitate.*

APENDICE.

NOTA SOBRE EL NUMERO II.

En el *Entretien*, ó conversacion sexta des Soires ó veladas de S. Petersburg, convence el autor que Locke siempre es vago y perplejo en el pensamiento y la expresion, manifestando constantemente un juicio débil y precipitado. Hablando del *Essay de l'esprit humain*, asienta que tiene todos los defectos que manifiesta victoriosamente. Véase la entrada. „El „prefacio mismo es chocante sobre toda expresion. Yo espero, dice Locke, no sentirá su „dinero; qué olor de almacén! Continúa y ve, „réis que su libro es el fruto de algunas horas „molestas en que no sabia qué hacer. Que se „ha divertido mucho al componer esta obra „con el placer mismo que se tiene en cazar „alondras ó gorriones, ó en correr zorros y „venados. Que su libro, en fin, fué empezado „por casualidad; continuado por complacencia; „escrito á trozos inconexos; dejado y tomado „con frecuencia segun el antojo y la ocasion, „pág. 450.”